

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por Encarnación Sánchez Arenas

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

**Relato
de
Antonio Coronado Hijón**

EL PRIMER DÍA

Hoy estoy raro.

Esta mañana es el primer día de la primavera y tras los cristales de las ventanas del balcón de mi dormitorio he visto la primera golondrina que me lo anunciaba. Volaba nerviosa e inquieta, de un lado para otro, mientras emitía ese característico sonido agudo que acompasaba su ajetreado vuelo.

Vuelven las oscuras golondrinas becquerianas a mi balcón sus nidos a colgar, las cuales, al igual que lo hacían las del pasado año y todas las anteriores cada primer día de primavera, me transmiten sin que ellas lo sepan, ambiguos sentimientos de inquietud por el cambio que acontece, teñido a la vez por suaves briznas de entusiasmo por todo aquello que se renueva.

Aunque las del año pasado ya no volverán, sí vuelve en mí ese extraño y raro sentimiento, ambiguo por paradójico, que me acompaña siempre ante los desconocidos retos de toda primera vez. Prefiero pensar en las primeras veces mejor que en las últimas que las precedieron. Al fin y al cabo, después de cada última vez siempre acontece inexorablemente una primera vez.

Esta mañana estoy raro. Me he despertado a la misma hora que todos los días y aún después de la habitual ducha calentita, siento una ambigua extrañeza quizás provocada por los efectos sedantes del suave y agradable aroma como el de las flores de azahar de los naranjos que habitan en un pequeño parque cercano y que pareciera que traslada hasta aquí el revoloteo de estas nuevas golondrinas.

Aún con esos aconteceres he seguido con mi matinal rutina en casa, compartiendo el cotidiano desayuno exprés mañanero donde solemos desayunar raudos, tan raudos como si fuese un concurso cronometrado en el que pierde el que llegue más tarde a sus labores y faenas.

Después del desayuno, iba ya en dirección a mi habitual lugar de trabajo, pero hoy menos nervioso, más relajado, incluso distraído con lo que sucede a mi alrededor durante el trayecto. De hecho, he recordado cuando recomendé a mí pequeño hijo ese tipo de sana distracción de las preocupaciones.

En aquella época, cuando lo llevaba por las mañanas al colegio de educación infantil, en una de esas, al despertar me dijo que no quería ir al cole. Era el primer día que él sentía esa incomodidad y todavía recuerdo su carita y su expresión de malestar y desconsuelo ante lo que ese pequeño de 3 años empezaba a experimentar sobre una tarea que se le estaba haciendo incomodadamente obligatoria.

Un amigo me contó un día una frase que solía decir su abuelo y que él no había olvidado al igual que me ocurrió a mí desde que me la contó. La frase decía algo así: “donde empieza la incomodidad termina la diversión”. Pues sí, mi hijo había perdido la diversión en el colegio y se le había trasladado en insoportable incomodidad. La verdad, es que creo que ese primer día en el que el colegio deja de ser divertido es uno de los sentimientos más universales compartidos por la humanidad.

Con buena intención, fui distrayéndole por el camino hacia el cole, dirigiéndole la atención hacia todas aquellas personas que también estaban ya en su labor cotidiana, mientras alababa y le describía los distintos oficios con voz tenue y relajada, casi como una letanía mística de amable cotidianidad social e incluso colaborativa y así hacer de alguna manera incompatible estos sentimientos positivos con la exclusiva focalización en el malestar que provoca el miedo y la evitación del afrontamiento.

Pues, resulta que ahora era yo el que me aplicaba el cuento y mientras conseguía que en mi trayecto mis pensamientos discurrieran suaves y distraídos, como en volandas primaverales impregnadas de un aroma ahora emocional donde el tiempo fluía suavemente y se me hacía más corto que habitualmente, anduve tanto que de pronto me vi frente a la entrada de mi cotidiano lugar de trabajo.

Pero esta vez, como empujado por ese sentimiento raro que me acompañaba, pasé de largo y no paré de caminar hasta la primera cafetería cercana donde suelo tomar el café de media mañana. Era el primer día que hacía eso. Pero, sin embargo, ese café me pareció más reconfortante de lo habitual. Mientras observaba como a mi alrededor otros clientes lo tomaban en azarosos sorbos que querían apurar los escasos minutos que les quedaba para entrar al trabajo, yo saboreaba sosegadamente sorbo a sorbo la sabrosa mezcla de texturas de café, leche y azúcar temperadas en su justa medida a mi paladar, casi como si de una poción sanadora se tratara.

“Cada día tiene su afán”, escribió el apóstol San Mateo. Pero esta mañana me sentía confuso en mi afán, queriendo maridar emocionalmente esos ambiguos sentimientos de inquietud por un cambio que se barrunta, teñido a la vez por suaves tinturas emocionales de júbilo y entusiasmo por aquello que se renueva o se reinventa.

Hoy es el primer día de mi jubilación. El primer día de una nueva primavera.